CONOZCA EL ORIENTE

Por ANGEL RAMA

El Buda Habla Español

Cuando hace dos años se celebró en Tokio el Congreso de los Pen Club, se produjo una embarazosa situación. El presidente del organismo japonés inició los debates con un saludo a las delegaciones extranjeras, y de paso estableció un exactísimo panorama de las letras modernas europeas y norteamericanas. Cuando llegó el turno de responder a los europeos se vieron en la desagradable situación de confesar que les resultaba imposible devolver la cortesía porque casi ignoraba todo de la literatura japonesa, y a mayor abundamiento de las literaturas orientales.

Y sin embargo el Japón es el país que, según las estadísticas de la Unesco, ha traducido y editado más libros extranjeros en los últimos diez años, y donde las novedades editoriales europeas y desde luego norteamericanas, son conocidas de inmediato. Si fue embarazosa la situación de los europeos, cómo no serlo y mucho más la de los que pertenecemos al restricto ámbito hispanoparlante.

A suplir esa grave carencia se ha dedicado una colección de libros en la Argentina publicada bajo el fausto nombre de Asoka, ese rey hindú del siglo III a. de C. cuya conversión al budismo abrió las puertas de un continente a una nueva religión y cuyo nombre ha quedado como símbolo de concordia y sabiduría en el Oriente, algo así como el rey sabio de los españoles.

Tres volúmenes pulcramente presentados, (1) con un excelente aparato informativo que no es excesivo y que surte funcionalmente al lector de los elementos necesarios para un ingreso vigilado a esta inmensa selva, son el primer intento para crear una biblioteca oriental.

La impresión es de vértigo. Imagínese el lector el efecto que causaría en un apasionado oriental si, ignorante de todo, un día se le abrieran las puertas de la cultura europea, desde sus orígenes a hoy, y empezaran a acumularse ante él las obras de Cervantes, Shakespeare, Dante, Dostoiewski, Kafka, Proust, Ariosto, Rilke, Balzac, y todos los poetas, y todos los filósofos y todos los cuentistas y todos los dramaturgos. Pues esa es la impresión que causará a un apasionado occidental, asomarse a este otro mundo, real y mensurable, de las culturas orientales, con la embriagante experiencia de descubrir naturalezas, cánones distintos, sensibilidades distantes; con la deslumbrante constancia del arte, que se hace comprensible en una instantánea emoción estética. Vértigo aún mayor cuando se establecen las comparaciones odiosas, y se comprueba que mientras en Europa avanzábamos penosamente hacia las rudezas del **Poema del Mio Cid**, en el Japón se escribía la monumental novela de Murasaki Shikibu, **Genji monogatari**, un prodigio de afinamiento artístico, de sutileza en el diagrama de los sentimientos y de aventurero juego de la imaginación.

★ VIAJES E INTERCAMBIOS. —

Uno de los signos cabalísticos del siglo XX es la aproximación de las grandes culturas y su mutua fecundación, como si antes de intentar aventuras celestes fuera primero que nos conociéramos los habitantes de esta pequeña bola sideral que es La Tierra. Aquel japonesismo de fines del siglo pasado, del que tantas enseñanzas extrajera un Whistler y un Van Gogh, en pintura, y que pusiera su toque de refinamiento en los Goncourt y le permitiera juegos malabares a Marcel Proust, no fue más que una aproximación epidérmica, decorativa como los mantones de Manila que invadieron España y América y hoy se olvidaron sobre los pianos.

El viaje a Oriente fue en nuestro siglo una aventura muy distinta de la milunanochesca de Marco Polo. "¿Por qué fue usted a Oriente?" le preguntaba Paul Valéry a André Malraux, y su respuesta ha sido, muchos años después, el **Museo imaginario**. Nadie se lo preguntó a Brecht quien encontró en el teatro tradicional chino los elementos renovadores para crear obras impecables como **El alma pura de Se Chuan**. No hubo necesidad de preguntárselo a Wright, porque sus casas testimoniaban su permanencia en el Japón, y ¿por qué no preguntárselo a Neruda, cónsul en la India antes de sus protoplasmáticas **Residencias**?

El hombre occidental ha descubierto la "otredad" de esta tierra en que vivía, y su permanente diálogo creador se ha hecho en este siglo con ese hombre asiático al cual consideró durante años, su simple vasallo. Pero lo curioso, ahora que tenemos entre manos una colección de cuentos de Ryunosuke Akutagawa (entre ellos aquel **En el bosque** que diera lugar a un inolvidable film con el que descubrimos toda una cinematografía), y una colección de piezas teatrales de Yukio Mishima, quien trabaja sobre el esquema del "noh" tradicional, es descubrir que estos autores del siglo XX estaban dialogando con el hombre occidental sin que de ello nada supiéramos.

Porque los cuentos de Akutagawa muestran un feliz entronque de una tradición nacional rica de siglos con el descubrimiento de un producto tan exótico y extravagante —para ellos se entiende— como el movimiento naturalista francés, y el tosco —porque desde esta otra perspectiva así lo vemos— el muy tosco realismo europeo. Y en el caso de ese joven prodigio de la literatura japonesa, Yukio Mishima, 34 años hoy y una fama de Tennessee Williams, hay una experiencia que puede entenderse por el ejemplo inglés de un Christopher Fry, decidido a destilar los mejores hallazgos de una civilización macerada durante milenios en un producto antiguo y moderno, con símbolos que traspasan una corteza poética y un lenguaje que deambula por las callejuelas y resuenan en viejas y húmedas casas. **La princise Aoi**, que ocurre en un extravagante sanatorio psiquiatra que hubiera envidiado P. Salinas para sus piezas cortas, donde el fantasma del amor y la mujer fantasma es una presencia segura de la medianoche, es un tema que inventara en el siglo XI Murasaki Shikibu, que hiciera ingresar a la escena en el siglo XIV Zeami Motokiyo a quien llaman el Sófocles japonés, y ahora retoma en un Japón moderno un joven audaz, a quien una buena dosis de esa realidad del símbolo que no debe confundirse con el realismo, salva de la vaguedad voluntariosa y retórica de un Cocteau.

★ EL BUDA EN ESPAÑOL. —

Pero hay algo mucho más sorprendente: oir hablar al Buda en español. Claro que no es novedad, como que el Sermón de las Gacelas, discurso que pronuncia en Benarés a los cinco monjes luego del retiro en que ha descubierto el camino de la felicidad, ese discurso que vale para el Oriente lo que el Sermón del Monte para nosotros, fue dicho hace unos 2.500 años. Pero se pueden contar con los dedos las traducciones del **Canon pali** al idioma español, así como la auténtica difusión de

la doctrina de Sidarta Gautama. Muchos conocieron el budismo, y para muchos está en la misma nebulosa en que se sentaba majestuosamente la Blavatski, llevando de la mano al pálido Krishnamurti, mística vaguedad que, más refinada, más de buen tono y buena sociedad, anda merodeando a Lanza del Vasto. Pocos conocieron la doctrina del Iluminado, y quizás haya que haber esperado una época de tan aguda racionalización y de desmitización como la nuestra para que nos fuera accesible y real el racionalismo del Buda.

Porque quien lea el buen resumen de Max Ladner sobre **La enseñanza del Buda** (al que yo opondría porque me parece una excelente iniciación crítica las reflexiones sobre el mismo tema de Albert Schweitzer en **El pensamiento de la India**) tiene la posibilidad de asombrarse ante este incrédulo del siglo V a. de C. como lo fue Sidarta Gautama, este hombre sonriente tal como lo representan las humanísimas estatuas de la cultura khmer, que se desentendía gozosamente de los dioses y con un rigor y una extremación que a nosotros hombres de pasiones nos suena a exterminio y a locura, buscaba la total desaparición del dolor en la no-vida.

Gilberto Lachassagne ha hecho para el lector americano una selección del **Tripitaka**, los tres cestos donde se guardaba su enseñanza, y al leerlos se siente que las terribles interrogaciones del **Rig Veda** están previstas en estas palabras que desperdigaba el Buda entre sus monjes:

Pero, ¿quién conoce la verdad?, ¿quién se atreve
a proclamar de dónde proviene esta Creación?
Puesto que también los dioses son criaturas de este [mundo
¿quién nos puede decir de dónde venimos?
Aquel que diera origen a este cosmos
y lo contempla desde cielos aún más altos,
aquél que diera origen a este cosmos,
ése lo sabe, ¿o acaso tampoco lo sabe El?

"Conozca usted el Oriente" dicen cansinamente las insignias de las agencias turísticas. Un conocimiento menos suntuoso que aquél que trazaban las fotos de Suárez, un conocimiento más hondo, es al que convida la colección del extinto rey Asoka.

(1) Ryunosuke Akutagawa: El biombo del infierno y otros cuentos, traducción e introducción por Kazuya Sakai, 64 ps.; Yukio Mishima: La mujer del abanico, seis piezas de teatro Noh moderno, traducción e introducción de Kazuya Sakai, 115 ps.; Max Ladner: La enseñanza del Buda, y Gilberto Lachassagne: Antología de textos pali, 84 ps. Los tres volúmenes fueron editados en Buenos Aires, 1959, por La Mandrágora en la Colección Asoka.